

► Antonio Casares

EL NIÑO AFGANO

Si yo fuera un niño afgano, un niño, por ejemplo, de un barrio miserable de Kabul, o de un campo de refugiados, qué diría de esta guerra absurda como todas las que ha habido y habrá sobre la Tierra, qué diría de los hombres que la pusieron en marcha, qué diría de esos proyectiles que caen como maldiciones del mismo cielo en el que antes veía los cambios misteriosos de la luna y el dulce enjambre de las estrellas, qué diría de las bolsas de comida que tiran sobre los cuerpos calcinados por los misiles enemigos, qué diría de las moscas que zumban sobre la carne mutilada, qué diría del hambre que me paraliza y de los gobiernos que hacen posible tanto salvajismo y tanta hipocresía, no entendería de qué hablan cuando hablan, con altanería, de libertad duradera, o de justicia infinita, por qué llaman justicia a tirar bombas con una mano y mendrugos con la otra, qué papel juega la ONU (¿qué significan esas letras?) en la masacre de mi pueblo, porqué dan el Nobel de la Paz, sin avergonzarse, a un hombre incapaz de detener la guerra, qué se esconde detrás de tanta verborrea, por qué las palabras no significan lo que significan, por qué tanto cinismo, por qué hablan del cielo de Alá mientras hacen de mi patria el infierno del genocidio.

Si yo fuera un niño afgano, cerraría los ojos para no ver tanta desgracia, para no tener que mirar cara a cara a la muerte, para no ver cómo llegan los aviones y los helicópteros cargados de odio civilizado, para no ver las estrellas de una bandera extranjera sobre la noche de mi desgraciado país. Yo no tengo la culpa de lo que ocurrió en Nueva York aquel aciago día de septiembre, yo no sé quién es ese Bin Laden, ni si en realidad existe, ni por qué unos le llaman asesino y otros ven en él a un héroe, por qué la misma persona es amada y odiada a la vez, yo no sé quién plantó los campos de amapolas, yo no sé quién fuma el opio ciego del mal, yo no deseo la tierra sembrada de minas, yo no quiero arrastrar mis muñones por el desierto, yo no sé qué significa ser talibán, y empiezo a sospechar que ninguna guerra puede ser santa, yo sólo quiero ir a la escuela como los demás niños del mundo y aprender a leer lo que verdaderamente dijo Mahoma, y los rubaiyat de Omar Khayyam, y viajar en camello hacia las montañas azules, y beber agua en el cuenco de mis manos, y soñar con el antiguo esplendor de las mezquitas y de los jardines, y mirar sin temor el cielo de lapizlázuli, yo quiero ver el rostro de mi madre cuando me dé las buenas noches, no adivinarlo detrás del burka, y poder andar por el mundo sin que nadie quiera saber si soy musulmán o cristiano o prefiero no rezar a ningún dios y visitar el templo de la naturaleza, sin que nadie me pregunte quién soy, de dónde vengo, adónde voy...

Pero yo no soy un niño afgano, sino un hombre cualquiera de un lugar cualquiera, un hombre que escribe versos para poder seguir sintiéndose vivo, y nada puedo hacer digno de mención, excepto protestar ante tanta barbarie, salvo escribir estas palabras que quisieran poner freno, ojalá pudiesen, a la locura que se ha adueñado del mundo.

POBRES

“¿Cómo puedes pedirme que defina yo la pobreza cuando tú mismo ves que vivo en la pobreza? La definición de la pobreza está frente a ti. Mirame. Me quedé sola. No tengo alimento suficiente. No tengo ropa buena ni lugar para vivir. No tengo agua limpia para beber. Mira mi pierna hinchada. No puede llegar a la clínica porque está muy lejos para ir caminando. Entonces, ¿qué clase de definición de la pobreza esperas que yo te dé que sea mejor que lo que ves con tus propios ojos?”



Mujer africana.

En el mundo dos de cada tres personas viven en la pobreza. Este es el mayor escándalo al que se enfrenta la humanidad. Sin embargo, a pesar de que cada vez se nos hace más cotidiana y cercana, hemos sido capaces de construir mecanismos de defensa para cohabitar con esto. Mecanismos que van desde los psicológicos hasta los políticos pasando por los sociales con una finalidad que nos es otra que no verlo o mantenerlo lejos de nuestro campo de visión.

En nuestro primer mundo solemos identificar el término “pobreza” con la falta de cosas, como algo que se encuentra en otros países y por lo tanto lejano y relacionado con la mala suerte de haber nacido en un país de esas características. Sin embargo esta visión responde a los mecanismos de defensa que nos hemos fabricado para hacer soportable la injusticia.

Sin embargo una visión más cierta considera la pobreza como un conjunto de barreras que hacen indigna la vida humana y como un producto de las relaciones injustas de los seres humanos (Pérez Miguel, 2001)¹. Además la pobreza no son “los pobres” sino que es un entorno, un medio ambiente, un conjunto de condicionantes que impiden el desarrollo de las personas que viven en él.

De cómo entendamos la pobreza dependerá nuestro posicionamiento ante ella, qué estrategias usaremos para combatirla e incluso también el tipo de relación que estableceremos con quienes la sufren. Por lo tanto, posicionarse ante la pobreza supone en primer lugar desmitificar los estereotipos que hay sobre ella que convierten a las víctimas en culpables y dejan nuestra conciencia a salvo.

¹ PÉREZ MIGUEL, L. (2001): “Vivir contracorriente”. Amycos, Burgos.

